

Globalización, neoliberalismo y democracia.

Notas para una lectura desde la periferia

Daniel Villafuerte Solís¹
CESMECA-UNICAH

El propósito fundamental de estas notas es intentar una reflexión en torno al proceso que ha seguido América Latina como región atrasada, desde la perspectiva del papel que históricamente ha venido desempeñando en el contexto del desarrollo del capitalismo mundial. Este ejercicio nos permitirá entender mejor lo que está ocurriendo actualmente en estos territorios donde se ha venido aplicando, bajo el discurso de la democracia y de la globalización, políticas de ajuste estructural y de apertura de fronteras.

Partimos de la hipótesis de que la incorporación de la región latinoamericana a un **Sistema Mundial**, crecientemente dominado por el capitalismo, constituye una de las principales fuerzas creadoras de éste². Y, sin embargo, paradójicamente hoy buena parte de los territorios de esta región se encuentran al margen de los beneficios del llamado proceso de globalización económica.

Las limitaciones de esta reflexión son obvias, tanto por la naturaleza del tema como por la extensión y profundidad de estas notas, por lo que solamente aspiramos a clarificar algunos puntos de partida que ayuden a comprender los problemas actuales de la integración regional y cómo nos reflejamos en éstos desde el sur de México.

¹ Investigador del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-UNICAH.

² "Es cosa admitida sin dificultad que el descubrimiento y la colonización de América contribuyó a incrementar la actividad económica, no sólo de aquellos países que directamente comercian con ella, como España, Inglaterra y Francia, sino de los que, comerciando indirectamente, envían por medio de los otros sus producciones, como ocurre con la Flandes austríaca y algunas provincias de Alemania que, por conducto de las naciones antes mencionadas, remiten a América partidas de telas y de otros géneros. Todos estos países han conseguido un mercado más vasto para sus producciones y, por consiguiente, se han visto estimulados a incrementar su cuantía"(Smith, 1994: 526).

I. Un poco de historia

Resulta difícil comprender los procesos actuales sin recurrir a la historia, y más difícil aún resulta pensar el futuro sin referirse al pasado. Como advierte Hobsbawm, "la destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX" (1995: 13). Por esta razón, comenzaremos por ofrecer una visión retrospectiva de la región latinoamericana.

Uno de los aspectos importantes del debate en torno a la economía colonial de América Latina ha sido en relación con su naturaleza y lógica de funcionamiento. Por una parte, se plantea si se trata de feudalismo o capitalismo; y, por otra, se discute si es una economía de enclave o, por el contrario, de un proceso dinámico que tiene impactos diversos en las regiones coloniales. Independientemente de las posiciones, hay acuerdo entre los estudios en relación con la heterogeneidad de las economías latinoamericanas y las instituciones que se generan, tales como la encomienda, el repartimiento, la merced, la hacienda, etcétera. El análisis de la "formación colonial" que adoptan los distintos autores se sitúa en una perspectiva amplia en tanto que su funcionamiento no puede explicarse por factores de carácter endógeno dada la fuerza de los factores externos. Esto remite a considerar relaciones de dominación entre el sistema político colonial y la metrópoli; en este sentido, Palerm sostiene que "el sistema económico y su funcionamiento total no fueron el producto de una actividad autoordenada regida por las leyes de la economía formal, sino que estuvieron determinados y suprordenados por el sistema de poder político. El sistema de poder tradujo y expresó las exigencias y la dinámica del sistema económico mundial, en el cual se insertaron primariamente la metrópoli y secundariamente la formación colonial"(1979: 97).

En esta línea de argumentación, Wallerstein reconoce la diversidad de formas de relaciones económicas. En la polémica con Stern señala "[...] jamás dije que *sólo* hubiera trabajo coercitivo de pago en especie en la periferia del sistema mundial durante el siglo XVI, o que en el fondo *sólo* hubiese trabajo asalariado, o bien *únicamente* aparcería en la semiperiferia. Claro, en cada región geográfica existía una mezcolanza. El mundo es extraordinariamente complejo. Si hemos de encontrar modelos explicativos, no podemos desperdiciar energía buscando tipos ideales inexistentes[...]" (1989: 333).

Por otra parte, no menos polémica ha resultado la caracterización de la lógica de funcionamiento de la economía colonial. Hay quienes sostienen que se trata de una economía de "enclave" por el carácter de su vinculación

con la metrópoli. Por el contrario, autores como Brading rechazan tal caracterización; en alusión a la producción para la exportación considera que “[...] resulta claro que toda concentración de una fuerza de trabajo especializada y bien pagada, ocupada en producir para la exportación, genera una demanda considerable de alimentos, bienes manufacturados y servicios artesanales”. En consecuencia, afirma que “[...] lejos de formar una economía de enclave, las zonas mineras de México y de los Andes sostenían una variada gama de empleos en la agricultura y en la industria doméstica”[...] (1979:293).

Por su parte, Palerm al referirse al papel del Estado en la Colonia como principal generador de las instituciones y de las relaciones sociales y económicas señala: “La articulación económica desde el mercado mundial a la producción de plata, desde las minas a las haciendas, y desde las haciendas a las comunidades indígenas y a sus equivalentes, fue instituida, reglamentada y administrada por el sistema político”(1979:124). Para el caso de México, y hacia la última etapa de la Colonia, refiere que “el cambio en la articulación privilegiada con el sistema mundial, o sea, desde la plata a los productos agrícolas, comenzó a hacer la hacienda no la servidora de la minería, sino la institución económica central de México. La tierra aumentó considerablemente de valor. La hacienda se extendió más y más sobre los territorios baldíos, y sobre aquellos que pertenecían a las comunidades indígenas y otras corporaciones [...]”(Ibid:126)³. Las observaciones anteriores muestran que el pivote fundamental de la economía de la nueva España, la minería, generó no sólo la articulación con el exterior, situación que hizo acelerar las relaciones mercantiles ente Europa y Asia, sino también al interior de la colonia al demandar alimentos y materias primas para la industria minera.

A pesar de los altibajos que se observan en la producción minera, existe consenso entre los estudiosos de la economía de la nueva España en el sentido de que durante la etapa colonial el eje fundamental de la integración de la región al sistema mundial fue la producción y exportación de plata, de tal forma que los productos agropecuarios como la cochinilla, los cueros y pieles, el azúcar, el cacao, y el algodón, entre otros, jugaron un papel secundario.

³ “La producción de plata [...] se articuló firmemente con la producción agroganadera, sobre todo, aunque no exclusivamente, por medio de las haciendas y de la propiedad directa de las haciendas por los mineros. Pero la hacienda, creada por el florecimiento de la minería, se vio obligada a subsidiar la producción de plata hasta tal punto que, antes de la segunda mitad del siglo XIX, apareció como una empresa de baja rentabilidad y aun francamente ruinosa [...]” (Ibid: 116).

Durante los cincuenta años que sucedieron a la Independencia prácticamente no hubo crecimiento económico, aunque pueden encontrarse evidencias de progresos materiales y de organización. El periodo colonial había dejado una complejidad de formas de producción capitalista y no capitalista que no podían transformarse rápidamente; no obstante, poco a poco las viejas relaciones precapitalistas fueron cediendo terreno a nuevas formas de carácter capitalista. Se estaba en presencia de un proceso de desmantelamiento de los sistemas reguladores creados durante la Colonia, al tiempo que se trazaban nuevas fronteras nacionales. Estos hechos trastocaron los flujos comerciales de carácter local y regional, al tiempo que la expansión de las economías del Atlántico Norte permitían la reinserción de las economías de América Latina mediante un mayor flujo de intercambio mundial, mismo que ya no era determinado por la política comercial ibérica.

Una de las consecuencias de la "nueva" integración comercial de América Latina al sistema mundial fue, en el corto plazo, la pérdida de importancia de la producción artesanal, la extinción de los talleres manufactureros, con la consecuente decadencia económica de algunas regiones, así como el deterioro de los sistemas de transporte interregionales. Sin embargo, la factura más cara que habrían de pagar las economías latinoamericanas en el mediano y largo plazos es que esta "nueva" integración contribuyó a dificultar la producción de tecnología local y el crecimiento del sector manufacturero. No obstante, la relativa estabilidad que observa la región durante el último tercio del siglo XIX, permite que algunos países como Brasil, Chile, Argentina y México consoliden las bases normativas que permitirían el desarrollo material.

Glade (1986) sostiene que durante el periodo 1870-1914 el motor fundamental del crecimiento de las economías latinoamericanas fue la producción industrial en los países del centro. El superávit económico del centro daban a las regiones industrialmente avanzadas los medios técnicos y económicos que hacían falta para que las regiones periféricas se introdujeran en el mercado mundial capitalista de manera subordinada.

Esta "nueva" relación de dependencia hace que el crecimiento del sector externo de las economías latinoamericanas no fuera un proceso continuo, sino que se viera obstaculizada por las crisis de las economías centrales. Como ejemplo de este fenómeno, Glade señala los efectos que generó la crisis posterior a 1873, cuya expresión fue el debilitamiento de los términos de intercambio de los productos de exportación y la reprogramación de la deuda externa de países como Honduras, Costa Rica, República Dominicana, Para-

guay, Bolivia, Guatemala, Uruguay y Perú. Otro ejemplo es la recesión de las economías británicas y francesa a mediados de 1880, cuyos efectos se vieron reflejados en la imposibilidad de cumplir con el servicio de la deuda externa por parte de Argentina, y, en general, la caída de los empréstitos extranjeros (cfr. Glade, 1986:8).

No obstante los efectos ocasionados por las crisis ya mencionadas, el crecimiento económico de América Latina continuó siendo inducido por las exportaciones y la demanda en las economías industriales avanzadas; este proceso condujo a una profundización de la diferenciación estructural entre países y regiones del hemisferio. Hacia 1914 las diferencias eran muy evidentes, de tal suerte que se observaba una reorientación de los procesos económicos hacia el mercado mundial así como un desarrollo desigual de sectores y regiones.

¿Cómo surgió este proceso? ¿Qué factores condicionaron esta “nueva” integración con el sistema mundial? Glade ofrece una interpretación interesante que se sitúa en medio de dos posiciones opuestas⁴: plantea el uso de estos enfoques desde una perspectiva ecléctica para organizar hipótesis que sirvan de guía y poner cierto orden a la historia. De esta manera, desarrolla su análisis con base en dos dimensiones del mercado: el de productos y el de factores. En el mercado de productos aborda tanto los que se destinan al mercado exterior como los que se orientan al mercado interno. Respecto al primero, señala que la dinámica productiva provocó un cambio sustantivo en la distribución geográfica de la actividad económica en buena parte de las regiones de América Latina. Argentina, por ejemplo, que había enfatizado en la economía de exportación, su población alcanzó un nivel de vida superior al

⁴ La primera, caracterizada por una lectura dual, plantea que es “el resultado de un desarrollo tipo enclave, dentro del cual las fuerzas de transformación económica se encontraban centradas [...]. En el exterior del enclave, la organización social se veía menos afectada por los cambios inducidos externamente: quedaba marginada, por así decirlo, fuera del alcance del sistema de mercado. En esta lectura [...] el sector exterior aparece casi como una protuberancia extraña sobre un fondo de interpretación incompleta” [según Glade, esta interpretación “aparece demasiado centrada en el capital, y demasiado mecanicista, en su visión del nexo entre mercados y otras instituciones, y presenta una visión de la realidad en la cual resulta en verdad muy difícil reconocer la economía pluriforme y de intrincada estructura de América Latina”]. La segunda, que se refiere a la tesis de la dependencia, sostiene que el incremento de la producción para el mercado fortaleció las relaciones de servidumbre en vez de acelerar su disolución. Esta perspectiva sostiene que en lugar de un dualismo, los diversos sectores y regiones de América Latina mostraron una unidad global que se deriva de su común articulación en el sistema de mercado capitalista.

de otras naciones de la región, Buenos Aires de 1914 era una metrópoli floreciente que administraba el flujo de mercancías que entraban y salían del país, algo similar ocurrió con Uruguay, y en menor medida con Chile⁵.

En lo que respecta al mercado interno, plantea los siguientes aspectos problemáticos: a) cambios en los hábitos de consumo, particularmente en la población urbana que se encontraba en expansión; b) los mercados urbanos de manufacturas eran abastecidos mayoritariamente por artículos importados, fundamentalmente de Inglaterra, y en menor medida de Alemania, Estados Unidos y Francia; c) crecimiento de bienes de capital de los países antes señalados, en cantidades crecientes, lo cual aceleró la integración de América Latina en la sociedad industrial "mucho antes de que se pusieran en marcha programas de industrialización ideados especialmente para sustituir importaciones"; d) introducción de servicios de producción, especialmente financieros, de seguros, información económica y canales de comercialización; e) introducción de otros bienes y servicios colectivos como son los pertrechos de guerra y adiestramiento (cfr. Glade, *op.cit.*: 18,19,20).

La dinámica descrita provoca cambios importantes en el llamado mercado de factores. Así por ejemplo, en lo que se refiere a la tierra, sustrato material para el desarrollo capitalista, se registra una notable disponibilidad mediante dos procesos paralelos: a) la colonización, como en el caso de las tierras cafetaleras del sur de Brasil o de la lana en la Patagonia; b) el uso más eficiente de las tierras que pertenecían a las fincas o haciendas, como en el caso del Bajío mexicano y el centro de Chile⁶.

Respecto al factor trabajo, se observan cambios importantes con extraordinaria variación en los mercados regionales de fuerza de trabajo según la dotación de otros factores, presencia de instituciones tradicionales, volumen de inmigración, etcétera. En este sentido, señala Glade, "las únicas ge-

⁵ Algunos ejemplos de los cambios provocados en el marco geográfico de la producción en respuesta a la demanda exterior son las exportaciones de lana de Argentina y Uruguay, particularmente a Francia, Alemania, Bélgica y Austria; carne refrigerada y congelada de Argentina, y más tarde trigo y maíz (los terrenos pamperos dedicados a cereales aumentaron en 15 veces); cobre de Chile, país que se mantuvo como líder mundial hasta 1880; café de Brasil, cuyas exportaciones llegaron a significar entre 1870 y 1911 más de la mitad del valor de sus exportaciones totales; guano, azúcar, cobre, algodón y caucho de Perú (cfr. Glade: 9, 10, 11).

⁶ "La difusión de las regiones de producción capitalista en América Latina no eliminó todas las propiedades corporativas precapitalistas, las propiedades comunales, los cultivadores campesinos y los derechos consuetudinarios de usufructo de las tierras de los latifundios, pero la nueva matriz social y económica de la época dio un significado en gran parte diferente a la posición de todos estos vestigios culturales" (Glade, *op.cit.*: 30, cursivas nuestras).

neralizaciones que se pueden hacer son que la esclavitud como institución fue eliminada y que la heterogeneidad de las condiciones de los mercados de trabajo reflejaba numerosas imperfecciones del mercado como institución conectiva entre diferentes regiones y procesos de producción”(*Ibid*:33).

Finalmente, en lo que se refiere al factor capital se considera que fue la época de oro de las inversiones extranjeras en América Latina, siendo las transferencias de capital internacional catalizadores de la formación de capital local. En este proceso, Glade señala dos aspectos de gran importancia: a) la afluencia de capital, “desde los mercados relativamente bien organizados del centro capitalista hasta los casi inexistentes mercados de capital de América Latina, permitió que la región respondiera a las nuevas oportunidades de vender a los mercados de productos de exportación; b) el capital procedente del extranjero llegaba encarnado de una matriz de organización, y es muy posible que esta circunstancia fuera la aportación más valiosa de los movimientos de capital [...]”(*Ibid*:37-38).

No hay que olvidar que en todo este proceso las élites gobernantes jugaron un papel fundamental. De hecho, la prosperidad de que gozaban las elites y las clases medias en el gobierno y en el mundo de los negocios no podía hacer más que validar la unión con la economía mundial y reforzar la política de compromiso con ella. La legitimación del nuevo orden, en la medida en que buscara, nacía de otras dos cosas importadas de Europa: el liberalismo y el positivismo. Esto se expresó en fases convertidas en práctica política como **gobernar es poblar, orden y progreso**. De esta manera, “*el capitalismo se hizo con el centro de las alturas dominantes de la economía, orquestando los nuevos recursos de la región para que respondiesen principalmente a las necesidades de las economías nucleares del sistema mundial capitalista*”(Glade, *op. cit*: 43, cursivas nuestras).

II. El trasfondo liberal en la integración de América Latina al Sistema Mundial

"[...] Se diría que la humanidad se yergue, dispuesta a contestar algún nuevo reto del destino. La acumulación de capital, los riesgos de empresa, la organización de fábricas, traen consigo una nueva escala para medir las cosas. El negociante acoge el flamante nacionalismo como una garantía más sólida de la paz interna; porque esto no sólo significa mayor seguridad a la empresa, sino que también le proporciona los medios de evadir ordenanzas gremiales mediante el establecimiento de industrias fuera de las áreas cubiertas por privilegios. Acepta de buen grado el ataque contra la Iglesia, porque ello comporta un ataque contra las viejas y estorbosas reglas, y abre incuestionablemente a la explotación comercial importantes recursos que las propiedades hacían intocables [...]".

H.J. Laski. *El liberalismo europeo*

La transición de América Latina hacia el "nuevo" esquema de integración ocurre en un contexto donde la ideología liberal penetra a las elites gobernantes y permea a las clases sociales. "Con la victoria de las fuerzas liberales frente al imperio de Maximiliano en México en 1867 y la abdicación de Pedro II en Brasil en 1889, los restos del sistema monárquico del Viejo Mundo habían sucumbido ante el sistema del Nuevo Mundo, un sistema de instituciones republicanas, constitucionales y representativas"(Hale, 1986:2). No debe olvidarse, sin embargo, que la doctrina del liberalismo se proyectó sobre un tejido social y económico profundamente heterogéneo, lo que generó en algunos casos fuertes resistencias y oposición frente a la ideología del conservadurismo.

El triunfo del liberalismo se tradujo en consenso político, sobre todo a partir de los últimos años del siglo XIX. Así, el mito unificador del liberalismo se constituía como una ideología que chocaba con el viejo orden colonial, de instituciones y pautas sociales, y proporcionaba una herencia casi universal para las elites gobernantes. "[...] había un <espíritu> americano distintivo que separaba los dos mundos, un espíritu en cuyo centro se hallaba el republicanismo. Exceptuando Brasil, la independencia política en el hemisferio occidental había entrañado el rechazo de la monarquía, y durante todo el siglo los intelectuales hispanoamericanos se mostraron sensibles a las ame-

nanzas de restauración monárquica en su continente, y a los avances y retrocesos del ideal republicano en Europa [...]”(Hale, 1986:3).

Sin embargo, el espíritu americano tenía varios significados. Y no podía ser de otra manera en un mundo profundamente heterogéneo como América Latina, “si el espíritu americano significaba el avance de los valores y las instituciones republicanas, también significaba la plaga de caudillos <bárbaros> que subieron al poder en los decenios posteriores a la independencia y cuyo poderío era sostenido por el carisma, por el apoyo popular o por intereses regionales”(Ibid:4). Esta doble significación, que en la práctica se expresaba en luchas por el control de los espacios económicos y políticos, llegó a definirse en términos de la imposición de un sólo proyecto que no permitía la menor discrepancia. En efecto, “a partir de 1870, los gobiernos liberales hispanoamericanos no mostraron la menor tolerancia con el <americanismo> que se presentara bajo la formas de desafíos regionales y sociales a la autoridad central, y en 1880 los presidentes Julio Argentino Roca de Argentina y Porfirio Díaz de México ya podían proclamar la confianza del reinado de la <paz y la administración>”(Ibid:5).

Una de las diferencias fundamentales entre liberales y conservadores se situaba sobre todo en el plano de la ideología, en particular estos últimos hacían una defensa a ultranza de la Iglesia. En el terreno de la economía, más que diferencias había similitudes dado que ambos defendían la protección a la industria y había consenso en el proyecto de articulación con el mercado mundial. Las elites gobernantes y los criollos tenían la idea de que Inglaterra y Estados Unidos habían tenido éxito por su modelo liberal, en consecuencia éstos veían la salida al atraso de América Latina en la articulación con el extranjero.

“El elemento del programa liberal clásico de América Latina que distinguía a los liberales de los conservadores era el ideal del Estado secular. Los objetivos de secularización y reforma chocaban teóricamente con el liberalismo constitucional, ya que entrañaban un fortalecimiento, en vez de un debilitamiento, de la autoridad del gobierno. Sin embargo, el declive del constitucionalismo clásico antes del decenio de 1870 hizo que este conflicto tradicional fuese menos visible, y para las elites intelectuales y gubernamentales el triunfo del liberalismo pasó a ser sinónimo de avance del Estado laico”(Ibid)⁷.

⁷ “Un Estado secular moderno estaba formado por individuos libres, iguales ante la ley sin restricciones en la busca de su propio interés ilustrado. Eran ante todo, ciudadanos cuya principal lealtad iba dirigida a la nación y no a la Iglesia o a otros restos corporativos de la

Es interesante observar las contradicciones entre la filosofía del liberalismo y la estructura socioeconómica que prevalece en la región, entre el desfase que significa una sociedad predominantemente agraria y las clases llamadas a construir una sociedad de corte liberal. Así, "la transformación del liberalismo, a partir de 1870, de una ideología reformista a un mito unificador cabe verla en parte como la *insuficiencia del ideal del pequeño propietario en países integrados por latifundistas y campesinos dependientes*, ya fueran esclavos, peones, terrazgueros hereditarios o habitantes de los poblados comunales indios. En una era caracterizada por la reaparición de las economías exportadoras, las elites podían aferrarse, y se aferraban a las formalidades de la filosofía social liberal al mismo tiempo que se descuidaba el espíritu anterior de la misma" (Hale, 1986:12, cursivas nuestras).

A pesar de todas las contradicciones observadas, las huellas del liberalismo eran perceptibles hasta en los más recónditos confines del nuevo continente. La porosidad de las sociedades de la región a las corrientes de pensamiento surgidas en el viejo continente era evidente; así se daba cabida a otras formas de actuar y percibir el mundo, este es el caso de la aparición de la doctrina del positivismo, la cual se convierte en un elemento central para fundamentar el quehacer de la vida política y cultural de las jóvenes naciones latinoamericanas.

"Aunque el positivismo no era explícitamente una teoría de la política, sus preceptos proporcionaron postulados importantes a la elite gobernante de América Latina. El concepto de *política científica* se expresó formalmente en México y Chile, y menos formalmente en Argentina y Brasil. El concepto entrañaba la convicción de que los métodos de la ciencia podían aplicarse a los problemas nacionales. Se consideraba la política como una <ciencia experimental>, basada en los hechos. Las estadísticas ya no debían guiarse por teorías abstractas y fórmulas jurídicas, que no habían hecho más que provocar revoluciones y desorden. Ahora, había que guiarse por la observación, la investigación paciente y la experiencia. Había que conceder un valor nuevo a lo económico, lo concreto y lo práctico" (*Ibid*:18).

Así, bajo una extraña combinación a veces convergente y a veces contradictoria, en la práctica liberalismo y positivismo se convirtieron en fundamentos de la praxis del poder de los estados latinoamericanos. De esta manera se estructuró la sociedad colonial. Como ciudadanos tenían un estatuto civil que debía regular y administrar el Estado. Las estadísticas vitales, los procesos fiscales, el procedimiento judicial, la educación, incluso el calendario y los nacimientos, las bodas y las defunciones, todo ello debía apartarse del control de la Iglesia [...] (Hale, *op.cit*: 10).

ra, "la política científica tenía una relación ambivalente con el liberalismo político latinoamericano, que de ideología se había transformado en mito. Sus preceptos eran en gran parte la repudiación de los principios liberales clásicos; a decir verdad, en la formulación de Comte podía leerse liberal donde decía metafísico como segundo estado de la historia. En 1870 la clásica fe liberal en los sistemas constitucionales ya se había visto erosionada por la influencia de teorías sociales e históricas análogas al positivismo. El tono autoritario y tecnocrático de la política científica contribuía a aumentar esta erosión. Pese a ello, los que abogaban por la política científica se tenían por liberales o, de vez en cuando, <neoliberales> o <conservadores-liberales>. La confusión y la conciliación de términos teóricamente contradictorios eran una característica de esta era de consenso" (*Ibid*: 18-19).

La gran aceptación de la doctrina del positivismo por las elites gobernantes hace que se produzca la ruptura en el *establishment* liberal, particularmente en los casos de las naciones más importantes de la región: Brasil, Chile y México. "La infusión de conceptos científicos había intensificado el consenso político; pese a ello, el conflicto teórico que existía entre el liberalismo clásico y la política científica forzosamente tenía que manifestarse" (*Ibid*:26).

"Después de madurar durante varios decenios, a principios de siglo el positivismo como serie de ideas sociales florecía plenamente América Latina. Pocos miembros de las elites disientían de la convicción de que la sociedad era un organismo análogo a la naturaleza, sujeto a cambios a medida que pasaba el tiempo. Entre los numerosos teóricos de la evolución social Herbert Spencer era el que los latinoamericanos citaban con más frecuencia. [...] Spencer fue partidario del *laissez faire* y del utilitarismo⁸ toda la vida [...] La sociedad industrial que él imaginaba, culminación de la evolución humana, era individualista, liberal, y sin Estado (una visión idealizada de Inglaterra decimonónica), aunque veía estas características como fruto del hábito y el instinto después de siglos de adaptación natural y no como resultado de la elección racional del hombre" (*Ibid*).

⁸ [...] "se estigmatiza sumariamente al utilitarismo como doctrina inmoral, dándole el nombre de conveniencia y aprovechando la ventaja de que el uso popular de este término lo opone a la justicia. Pero la conveniencia, en el sentido en que se opone a la justicia, indica generalmente lo que es conveniente para el interés particular del agente mismo; como cuando un ministro sacrifica los intereses de su país para mantenerse en su cargo. Cuando significa algo mejor que esto, indica lo que es conveniente para algún objeto inmediato o algún fin momentáneo, pero que viola una regla cuya observación es conveniente en un grado más elevado. En este sentido, la conveniencia, en vez de ser una misma cosa con la utilidad, es una rama de lo dañino [...]" (Stuart Mill, 1980: 151-152).

III. Del modelo primario-agroexportador al proceso de sustitución de importaciones

El estallido de la primera guerra mundial terminó por derribar el “viejo” sistema capitalista basado en la hegemonía de la Gran Bretaña y el funcionamiento del patrón oro. De hecho, las estructuras de comercio y las inversiones comenzaron a registrar cambios importantes desde principios de siglo: hacia 1913, por ejemplo, “las inversiones estadounidenses avanzaban con rapidez en [...] las minas y los ferrocarriles mexicanos, el cobre peruano, los nitratos chilenos, los plátanos colombianos y el azúcar cubano[...]” (Thorp, 1986:51). Al mismo tiempo se observaban cambios importantes que apuntaban hacia el incremento de la oferta de productos básicos y la inestabilidad del mercado. Así, la primera conflagración mundial termina con la llamada edad de oro de las exportaciones de América Latina, cuyo comienzo se ubica en 1870.

Sin embargo, hay quienes sostienen que la guerra provocó un impulso favorable en la dinámica de las exportaciones de América Latina. En efecto, después de un largo debate, se ha llegado al consenso que efectivamente en algunos países así ocurrió; no obstante, para infortunio de los países de la región durante la década de 1920 poco se aprovechó las condiciones creadas por la guerra y, por el contrario, “[...] algunos cambios que sí tuvieron lugar trajeron formas nuevas de vulnerabilidad y control externo” (*Ibid*:72). Esto se relaciona con dos elementos importantes: la debilidad estructural del modelo primario-exportador y la ausencia de un proyecto propio por parte de los grupos económicos. Así, “[...] los cambios que se produjeron durante la guerra fueron prematuros, careciendo de la base necesaria en la extensión previa del sector industrial y del crecimiento de una clase media o de otros grupos que estuvieran preparados para ver que sus intereses residían en el desarrollo de la industria. Por ambos tipos de razones, América Latina tuvo que esperar hasta la depresión antes de que las fuerzas favorables al cambio pudieran unirse de una manera que hiciese posible una política alternativa real” (*Ibid*).

El cambio de hegemonía profundizó la integración de América Latina a niveles insospechados. Las viejas formas de extracción del excedente, característico de las prácticas coloniales, fueron sustituidas por formas menos violentas, pero con un férreo control de las economías de la región que comprometía la soberanía y los recursos naturales, como en el caso de Perú. Asimismo-

mo, la adecuación de los sistemas financieros⁹ a los requerimientos de la nueva potencia, los Estados Unidos, aleja por completo los ideales de independencia que permitieron creer en la posibilidad de un crecimiento autónomo de las nacientes naciones latinoamericanas. Después de la postguerra, la influencia de Estados Unidos en la región era indiscutible y uno de los instrumentos lo constituía el capital financiero. Así por ejemplo, “para conseguir un empréstito de 33 millones de dólares en 1922, Bolivia no sólo tuvo que comprometer toda la recaudación de sus aduanas más cierto número de impuestos directos, sino que tuvo que permitir que una comisión fiscal permanente de tres miembros, dos de ellos nombrados por los bancos extranjeros, gestionara sus asuntos fiscales durante la totalidad de los veinticinco años de duración del empréstito. En Perú, funcionarios norteamericanos administraban las aduanas y otro norteamericano dirigía el Banco Central [...]” (*Ibid*:65).

El nuevo destino de América Latina ligado a los designios de la nueva potencia va creando lazos de dependencia inescapables. La cercanía geográfica y los intereses económicos de Estados Unidos permiten dar un importante impulso a la producción primaria. “Es evidente que el aumento de la capacidad productiva, la producción y las exportaciones de los bienes primarios latinoamericanos, y el fuerte aumento de las inversiones norteamericanas durante la década de 1920 son fenómenos que están íntimamente relacionados entre ellos. Las tendencias expansionistas de la economía norteamericana fueron a la vez causa y efecto del aumento de sus inversiones en los sectores exportadores de América Latina y en los empréstitos hechos a los gobiernos latinoamericanos, destinados a crear la infraestructura de transportes, comunicaciones y energía necesarios para la ampliación de las actividades exportadoras [...]” (Sunkel y Paz, 1978:345-46).

Una de las consecuencias más visibles de la nueva integración de América Latina bajo la hegemonía de Estados Unidos ha sido la vulnerabilidad de la región ante situaciones de crisis. Así por ejemplo, “el brusco colapso de la capacidad para importar, la contracción del sector exportador y su baja rentabilidad, la obstrucción de los canales de financiamiento internacional provocados por la crisis de 1929, modificaron profundamente el proceso

⁹ “El doctor Edwin Kemmer era un norteamericano experto en finanzas al que varias economías latinoamericanas llamaron para que ayudara a llevar a cabo la reforma de las instituciones monetarias. [...] La presencia de Kemmer acostumbraba a solicitarse como parte de una estrategia encaminada a fomentar las inversiones extranjeras, y las formas se orientaban hacia este fin. El propio Kemmer fomentaba y gestionaba la concesión de empréstitos” (Thorp, *op. cit*: 64).

evolutivo de las economías latinoamericanas, particularmente de las que habían iniciado la industrialización. La contracción del sector externo dio lugar a dos tipos de reacción, según el grado de diversificación alcanzado por la economía de cada país: a) retorno de factores productivos al sector precapitalista —agricultura de subsistencia y artesanía— en un proceso de atrofia de la economía monetaria; b) expansión del sector industrial ligado al mercado interno, en un esfuerzo de sustitución total o parcial de bienes que anteriormente eran adquiridos en el exterior. El segundo caso configura lo que se ha convenido en llamar proceso de sustitución de importaciones, el cual se define como el aumento de la participación de la producción industrial, destinada al mercado interno en el producto bruto, en condiciones de declinación de la participación de las importaciones en el producto” (Furtado, 1978:136).

Sin embargo, la gran heterogeneidad que presenta América Latina hace que los efectos de la crisis también sean diferenciales, de hecho no en todos los países se dio el proceso de industrialización por la vía de la sustitución de importaciones, únicamente en aquellos en que previo a la crisis habían creado ciertas condiciones de infraestructura. En efecto, “la gran crisis mundial de 1930 sorprende a las economías latinoamericanas en situación muy variada: los productos de exportación se ven afectados en mayor o menor medida, y en condiciones diferentes de producción y de acumulación de existencias; la carga financiera de los compromisos externos pesa en distinta proporción sobre la balanza de pagos; y las características de la estructura económica, social, política e institucional llegan a ser, dentro del modelo genérico de la economía exportadora dependiente, bastante diferenciadas [...]” (Sunkel y Paz, *op. cit.*: 349). Un grupo de países sufre el impacto externo en condiciones tales de estructura interna que responden a la crisis con un reajuste profundo de su sistema económico interno y sus formas de vinculación externa. Otras economías, en cambio, dadas las condiciones estructurales internas, no reajustan su estructura productiva ni cambian la naturaleza de su sistema de vinculaciones externas [...]” (*Ibid.*).

Frente a la naturaleza de la crisis del modelo agro-exportador el Estado entra a jugar un papel fundamental en el proceso de regulación económica. La aplicación de medidas anticíclicas que permitieran crear las condiciones a la industrialización, tales como la protección a la industria nacional, la asignación selectiva para la importación de materias primas y bienes de capital, ampliación de inversiones en infraestructura, creación de instituciones financieras, etcétera, presupone la existencia de una estructura de poder y el esta-

blecimiento de alianzas políticas con otros grupos sociales para imponer al Estado la adopción de políticas deliberadas de industrialización.

Las medidas implementadas por el Estado tuvieron resultados diversos, según las condiciones particulares de cada país. En efecto, "el modelo de crecimiento hacia adentro alentó, en algunos países, la creación de un cierto desarrollo manufacturero y por consiguiente de grupos empresariales, de profesionales y técnicos, así como también una masa asalariada de importancia y con cierta organización. A partir de la década de 1940 esta nueva estructura social, bastante más compleja y diversificada, permitió que se formaran alianzas populistas o de partidos populares, a fin de negociar las nuevas políticas de industrialización con los sectores tradicionales cuya importancia y poder habían disminuido" (Sunkel y Paz, *op. cit.*: 352).

Sin embargo, es importante hacer notar, en tanto que esto tiene una significación de primer orden en la comprensión del carácter de la "nueva" integración de América Latina en el sistema mundial, que la industrialización asume características específicas, no sólo por el desfase histórico respecto a los países centrales, sino también por las condiciones estructurales internas. En este sentido, "en modo alguno es comparable con la Revolución Industrial inglesa y las de los otros países europeos; menos aún con el proceso de industrialización deliberada que se impulsó a partir de 1860 en Japón y, posteriormente, en los países socialistas [...]" (*Ibid*: 356).

Al final de cuentas, más allá de los innegables resultados del proceso de industrialización, las limitaciones del mismo estaban marcadas por su origen. Atrapado en las redes del subdesarrollo, América Latina no podía avanzar sino a condición de romper sus lazos de dependencia, de replantear los términos de su autonomía económica y política con respecto al centro hegemónico. "[...] Infortunadamente, la naturaleza del modelo primario-exportador, dentro del cual se desenvuelve el proceso de sustitución de importaciones, encierra en su lógica interna la imposibilidad de continuar más allá de ciertos límites. Por consiguiente, la transición hacia una economía industrial desarrollada no podría obtenerse insistiendo por la vía ensayada durante las últimas décadas" (*Ibid*:366, cursivas nuestras).

En suma, "el proceso de industrialización sustitutiva, lejos de reducir la dependencia externa y la vulnerabilidad al comercio internacional de estas economías, en cierto modo las acentúa. Por una lado, la economía sigue basada sobre las exportaciones tradicionales de productos primarios; por otro, en la estructura de las importaciones prácticamente todo lo que se conserva

es de importancia esencial o estratégica. Así, una restricción en las importaciones de bienes de capital implica limitar la inversión; una mengua de las importaciones de insumos significa alterar el nivel de actividad de determinadas industrias, y una reducción de los bienes de consumo esenciales que se importan afecta el nivel de vida de los grupos populares" (*Ibid*: 368).

Así, todo indica que América Latina parece estar en el mundo de Oz, donde se mueve incesantemente para quedar finalmente en el mismo lugar. Pero además, los avances que registra en materia de industrialización tienen un efecto perverso, dado que genera otro tipo de fenómenos, unos nuevos como la inflación y el endeudamiento externo, y otros no tan nuevos como la ampliación de la *brecha comercial*¹⁰.

IV. Globalización, neoliberalismo y democracia

Parecería, y esto tal vez por primera vez en la historia de América Latina, que nuestros países están al término de un sendero del cual no podrán salir salvo que imaginen estrategias de desarrollo adecuadas a las nuevas condiciones y atiendan además las aspiraciones de los principales grupos de la comunidad nacional. En este sentido, la política futura de desarrollo deberá basarse sobre la formulación de estrategias que tiendan definitivamente a sobrepasar el modelo centro-periferia, dentro del cual se desenvuelve la economía exportadora dependiente y que parece haber llegado, en numerosos casos latinoamericanos, a una crisis de crecimiento cuya superación aún no se vislumbra.

Sunkel y Paz. *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del subdesarrollo*

Durante los años setenta, América Latina experimentó un proceso dinámico de exportaciones e importaciones, las inversiones directas de las empresas transnacionales y el flujo del capital productivo crecieron a ritmo mayor que lo observado en años anteriores, dando como resultado un mayor

¹⁰ La brecha comercial se define "como la diferencia entre las necesidades de importación a que debe hacer frente el país o región para hacer posible la meta de desarrollo deseada, y los ingresos que se estima podrán obtenerse para las exportaciones [...] La brecha no es un concepto meramente contable. No se trata de evaluar simplemente cuál puede ser el monto de un déficit comercial determinado. Hay que analizar la forma en que el sistema económico, a través de su estructura y su funcionamiento, opera sobre el sector externo, sobre las posibilidades y ritmo de evolución de las exportaciones y sobre las necesidades de importación [...] (ILPES, 1976: 9-10).

grado de integración al sistema mundial. Es justamente en estos años cuando comienza una reactivación vigorosa del proceso de "globalización" iniciado después de la postguerra. Paradójicamente, durante la década de 1970 América Latina pasó de ser una región exportadora de materias primas y alimentos, a importadora de alimentos —excepto algunos casos— y exportadora neta de divisas como consecuencia del pago del servicio de la deuda externa. En lo político y social, durante esos años se presenciaron dos acontecimientos históricos de gran envergadura: el derrocamiento del régimen de Salvador Allende por una dictadura militar y la Revolución Sandinista.

Al iniciar el decenio de 1980 comienza un ciclo del que todavía hoy América Latina no encuentra una salida adecuada. "[...] la crisis de 1980-82 provocó una ruptura transitoria de ese proceso de integración de América Latina: se produce una disminución drástica de las exportaciones y en mayor medida aun de las importaciones, y las transnacionales no sólo disminuyen los nuevos flujos de inversión directa sino que retiran parte de las inversiones realizadas anteriormente. El crédito internacional que fluía masivamente en la década de 1970, se interrumpió casi por completo. La crisis de sobreproducción de mercancías y la crisis financiera, se manifestaron a través de los efectos combinados de disminución fuerte del valor de las exportaciones y de la crisis de deuda externa" (Caputo, 1992:25).

La crisis del capitalismo latinoamericano ha sido prolongada y ha tenido un costo muy elevado en términos económicos y sociales, y en lo político, aunque parezca paradójico, hoy más que nunca se habla de la transición a la democracia. Frente a la crisis, se ha puesto de moda el concepto de globalización, el cual se presenta como un proceso de integración de la economía mundial pero al mismo tiempo de fragmentación en bloques regionales, este proceso se plantea como la solución a todos los problemas. " Se dice que con ella se recuperará de la crisis económica, que se logrará el crecimiento elevado y sostenido, que se superará el atraso, e incluso se plantea que la globalización permitirá a países de América Latina pasar a ser del primer mundo. Con estos planteamientos se minimiza: que el proceso de integración del sistema puede tener momentos de ruptura; el desarrollo desigual en el sistema capitalista; y también las posibilidades de una nueva crisis cíclica" (*Ibid*: 24-25).

El ingreso de América Latina al proceso de globalización económica exige privatización, desnacionalización, apertura de fronteras nacionales y un fuerte proceso de reestructuración del aparato productivo, bajo los principios

de eficiencia y competitividad. El espejismo del discurso neoliberal hace ver que mediante estas medidas los países atrasados tendrán en el futuro una situación mejor, esto fue por ejemplo, la divisa que utilizó el gobierno salinista en el caso de México para implementar una serie de reformas económicas. Algunas de las características que asume hoy el comercio mundial y la reestructuración económica se pueden resumir en los siguientes puntos:

- El comercio mundial se ha concentrado aceleradamente entre los países capitalistas desarrollados. El tercer mundo y América Latina han bajado significativamente su participación en el comercio mundial.
- Dentro de las exportaciones manufactureras, crecen más las vinculadas a productos con alta tecnología, perdiendo participación la exportación de manufacturas tradicionales. La reestructuración en América Latina, cuando logra exportar manufacturas, en lo fundamental se trata de manufacturas tradicionales.
- El comercio exterior del Tercer Mundo y América Latina corresponde a sectores y ramas diferentes, se exportan e importan bienes distintos, y existe una gran dependencia de las importaciones de bienes intermedios y de capital.
- El comercio mundial es fuertemente controlado por las transnacionales. Se estima que ese control alcanza alrededor de 70 % del comercio mundial. Controlan parte significativa de las exportaciones de América Latina.
- La reestructuración del capitalismo desarrollado es parte de un proyecto estratégico nacional más o menos estructurado, que vincula el desarrollo científico a la producción en una perspectiva de largo plazo y donde las señales actuales del mercado no sólo son uno de los elementos que se consideran. **En América Latina la reestructuración se determina sobre la base de las tendencias actuales del comercio internacional, bajo el predominio externo del neoliberalismo y sin ninguna consideración de carácter estratégico.**
- En América Latina, el proceso reciente de reestructuración se da con un liderazgo creciente del capital extranjero. En los

países capitalistas desarrollados, aun teniendo presente el crecimiento de las inversiones directas extranjeras, la reestructuración es liderada por las grandes transnacionales de los países respectivos.

- La participación en el proceso de globalización, la forma de inserción en él, el grado de estabilidad y vulnerabilidad, van a estar determinados por las modificaciones y el desarrollo que logren en el proceso de producción en cada economía nacional[...].
- Luego de la ruptura transitoria del proceso de integración de América Latina en los mercados mundiales por la crisis de la década de 1980, la nueva inserción en los años recientes no está basada fundamentalmente en nuevas inversiones. La reestructuración económica se basa en el patrimonio productivo preexistente, parte del cual ha sido apropiado por el capital extranjero. **Se desplaza parte de la producción destinada anteriormente al mercado interno, para dirigirla al mercado externo. La competitividad**, que debería lograrse con nuevas inversiones, en ausencia de éstas **se logra a través de la disminución de los salarios y de la explotación intensiva de los recursos naturales** (Caputo, *op.cit*: 28 y ss.).

La globalización como estrategia económica ha encontrado en el pensamiento liberal su legitimación, pero en el caso de América Latina se trata de un liberalismo de carácter negativo que propugna un "Estado mínimo" y amplia libertad a la acción individual¹¹ tipo Hayek o Nozick. En otras palabras, se trata de una corriente de pensamiento que se ha dado en llamar "Neoliberal", la cual asigna un carácter privilegiado al mercado como ordenador de la vida económica, social y política de la sociedad en su conjunto. "Puede decirse, de este modo, que el decisor político actual tiene en el paradigma liberal una especie de "caja de herramientas" lingüística Wittgensteiniana. Si de lo que se trata es de establecer los "juegos de lenguaje" que permitan una mayor

¹¹ "El individuo a quien el liberalismo ha tratado de proteger es aquel que, dentro de su cuadro social, es siempre libre para comprar su libertad; pero ha sido siempre una minoría de la humanidad el número de los que tienen los recursos para hacer esa compra [...]" (Laski, 1988: 16-17).

eficacia legitimadora, podrán utilizarse diversos tipos de argumentación según el carácter de la decisión o institución política que se trate de legitimar. Aunque dichas argumentaciones resulten poco consistentes entre sí”(Requejo, 1994:4).

En este sentido, se dice que “[...] el *triunfo* de la concepción liberal consiste en que prácticamente la totalidad de las organizaciones políticas actuales en alguna medida se reclaman “liberales”. Hoy casi todo el mundo se reconoce en algún aspecto del liberalismo. Ello lo podemos detectar en organizaciones conservadoras, demócratacristianas, socialdemócratas, en buena parte de las organizaciones nacionales y ecologistas, e incluso en las vinculadas a la tradición comunista. En otras palabras, en los últimos años hemos asistido a una reivindicación del *ethos* liberal, así como a un importante proceso de renovación de su fundamentación teórica en ámbitos como la economía o la filosofía política. Puede decirse que, hasta cierto punto, algunos de los rasgos de la tradición liberal forman parte actualmente del sentido común de la cultura occidental.

[...] las mismas razones que se encuentran en la base del prestigio actual de la tradición liberal, lo están también en la de sus ambivalencias prácticas. Así, nos encontramos actualmente con *liberales* defensores de los Estados de bienestar al lado de otros liberales que han presentado críticas demoledoras a dichos Estados; con partidarios de planteamientos utilitaristas basados en las consecuencias de las decisiones colectivas frente a partidarios de planteamientos ontológicos que defienden una serie de derechos o reglas que no pueden ser cuestionadas con criterios de mayorías o de eficiencia; con liberalismos tolerantes en el uso de valores religiosos o lingüísticos en la esfera pública frente a otros que ven una *invasión privada* de dicha esfera que pone en peligro la propia pervivencia de las instituciones liberales, etcétera [...]”(Requejo, *op.cit*:3-4).

Hoy la pobreza y el desempleo constituyen el signo por excelencia de la era de globalización, que en el caso de América latina cobra un carácter dramático. Lo implacable de la lógica del sistema capitalista en su nueva fase de globalización es que no caben alternativas intermedias. Como dice Hinkelammert, “es malo dejarse explotar por las transnacionales”, “pero es peor no dejarse”. La metáfora para pensar a la globalización como un enorme parque jurásico evoca el dominio del toyotismo, y en cuyas patas aplastan o están aplastando a los países atrasados y a la naturaleza misma, atrapa y somete a la política y a la cultura bajo las reglas del mercado. En esta nuevas condiciones de contorno, ¿cuál es la viabilidad de la “transición a la democra-

cia" en América Latina?, ¿cuáles son las bases de sustentación?, ¿de qué tipo de democracia estamos hablando?, ¿qué debemos entender por democracia?, ¿es la democracia formal, democracia *light* la que marcará el destino de la región?

Parte de la respuesta a estas interrogantes están planteadas por Lechner cuando señala: "[...] En lugar de mayor libertad de elección de ciudadano y una mayor transparencia de las decisiones políticas, la entronización de la racionalidad económica significa primordialmente la consagración de criterios mercantiles en la política: el dinero, la competencia, el éxito individual. A semejanza del frío mundo de los negocios, la política se ha vuelto altamente competitiva y sumamente cara. Cambia el estilo político y el tradicional *ethos* de la política como servicio público deviene obsoleto [...]. El avance del mercado redefine el significado de la política. Mas esta resignificación no depende solamente de la dinámica económica. Uno de los cambios más profundos de la política proviene de las transformaciones culturales, específicamente el auge de la cultura audiovisual [...]"(Lechner,1994:37-38).

"La porosidad del territorio nacional señala una vasta reorganización del campo de competencia de la política. Siguiendo los diagnósticos acerca de la ingobernabilidad de una democracia sobre cargada con demandas, la propia política tiende a abdicar de sus responsabilidades en beneficio de una mayor autorregulación social. En lugar de un fortalecimiento de la sociedad civil empero, vivimos el despliegue de la sociedad de mercado. De hecho, la sociedad política se encuentra más y más estrictamente acotada por la sociedad económica bajo la forma de <imperativos técnico>. Las decisiones políticas son delimitadas por los equilibrios macroeconómicos que representan, más que un indicador, un verdadero principio normativo que fija límites rigurosos a la intervención política [...]"(Ibid).

De esta manera, Lechner termina señalando la imposibilidad de escapar de la globalidad: "La erosión de los mapas cognitivos se manifiesta en la desestructuración del tiempo. [...]: el desvanecimiento del futuro. No sólo parecen haberse agotado las energías utópicas, nuestra capacidad de imaginar otros mundos; incluso la noción misma de futuro tiende a evaporarse. La cultura del videoclip y fast food estimula un consumo voraz y vertiginoso de modas, bienes y valores. Devoramos el tiempo en plazos más y más cortos hasta quedar encerrados en un presente permanente"(Ibid:42).

Así, parecería que América Latina no puede escapar al actual esquema de globalización. El discurso neoliberal que sirve de sustento legitimador a este proceso ha llevado a muchos intelectuales y organismos de desarrollo a

plantear la inevitabilidad de la integración de la región al proceso global. En este sentido, los planteamientos de la CEPAL de las décadas de 1960 y 1970 han quedado, para algunos, como un mero recuerdo nostálgico; para otros, los que nunca se convencieron de estos planteamientos, han quedado sepultados por la evidencia de la historia, dada la incapacidad del Estado y las burguesías “nacionales” para plantear un proyecto propio de carácter nacional y suficientemente fuerte frente al poder hegemónico. Hoy el pensamiento de la CEPAL se ubica en la línea de los que creen que la única alternativa para la región es integrarse al esquema de la globalidad. Su propuesta se basa en el llamado regionalismo abierto¹², como ha venido ocurriendo en la región Asia-Pacífico, y cuyo primer paso podría ser el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). En esta perspectiva es interesante ver cómo América Latina ha venido intensificando sus flujos comerciales con Estados Unidos, lo que nos muestra un reforzamiento de la tendencia que comenzó después de la primera postguerra, es decir la creciente dependencia con el vecino del norte.

Para los neoconservadores¹³, en particular Samuel P. Huntington, uno de los intelectuales políticos más influyentes de los Estados Unidos, ha pro-

¹² En palabras de la CEPAL es “un proceso de creciente interdependencia económica a nivel regional, impulsado tanto por acuerdos preferenciales de integración como por otras políticas en un contexto de apertura y desreglamentación, con el objeto de aumentar la competitividad de los países de la región y de constituir, en lo posible, un crecimiento para una economía internacional más abierta y transparente [...]” (CEPAL, 1994: 8).

¹³ A este respecto es interesante ubicar a los más notables intelectuales de esta corriente, dejemos que Bell lo haga: [...] Un gran número de científicos sociales asociados con la revista *The Public Interest*, fundada por mí y Kristol en 1965, fueron identificados con esta orientación: los sociólogos Nathan Glazer, Seymour Martin Lipset y Robert Nisbet; los científicos políticos Samuel Huntington y James Q. Wilson; y, en el pasado, personas fallecidas como Lionel Trilling, Richard Hofstadter y el jurista Alexander Bickel. La importancia del movimiento, decía Eteinfels, aparte de su influencia como escritores y de sus “vínculos con el poder” a través de sus posiciones en las universidades de elites y en las comisiones gubernamentales, radicaba en su oposición al liberalismo y su creencia en que el “neoconservadurismo es el conservadurismo serio e inteligente del que Estados Unidos ha carecido [...]” (Bell, 1993: 14). Kristol apunta uno de los rasgos importantes del neoconservadurismo: “Los neoconservadores, aunque respetan el mercado como mecanismo económico, no son libertarios como un M. Friedman o un F. A Von Hayek. Un Estado benefactor conservador —lo que alguna vez recibió el nombre de Estado “asistente social”— es perfectamente compatible con la perspectiva neoconservadora [...] La versión corriente del liberalismo, que prescribe una intervención masiva del gobierno en el mercado y un *laissez-faire* absoluto en lo que hace a las costumbres y a la moral, choca a los neoconservadores, que la consideran una intervención temeraria de las prioridades” (Kristol, 1986: 95).

puesto la fórmula mágica de la solidaridad de "civilización", ante la evidencia del "fin de la historia", la terminación de la guerra fría y la caída del socialismo real. La línea de pensamiento donde se ubica Huntington se resume en la formulación de su hipótesis central: "[...] la fuente fundamental de conflictos en este nuevo mundo no será primordialmente ideológica, ni económica. Las grandes divisiones de la humanidad y la fuente predominante de conflictos serán culturales. Las Naciones-Estados seguirán siendo los protagonistas más destacados de los asuntos mundiales, pero los conflictos principales de la política mundial se producirán entre naciones y grupos de civilizaciones diferentes. El choque de civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro". Huntington acepta la importancia del regionalismo económico, pero señala que su éxito dependerá de su arraigo en una civilización común. En este sentido señala dos ejemplos: "La Comunidad Europea descansa sobre los cimientos comunes de la cultura europea y del cristianismo occidental. El éxito del área de Comercio Libre de América del Norte (NAFTA) depende de la convergencia, ahora en proceso, de las culturas mexicana, canadiense y estadounidense"(Huntington, 1993:8).

Detrás de este planteamiento se pretende ocultar los tres ejes que están redefiniendo la reestructuración del sistema mundial, a saber: lo económico, lo político y lo militar. En efecto, por encima de lo que Huntington llama civilización se encuentran los intereses económicos, cuya punta de lanza es la revolución científico-técnica liderada por la microelectrónica, la telemática, la informática y la biotecnología; quien domine estos campos contará con una poderosa arma para someter a cualquier país o región. En lo político se definen las alianzas y las estrategias que posibilitarán la construcción de los nuevos bloques y áreas de influencia, en este sentido no es casual que los tratados de paz entre Israel y Palestina se firmen en la Casa Blanca en lugar de hacerse en la ONU, lo mismo se puede decir del tratado de paz para la zona de Bosnia. Finalmente, el aspecto militar es lo que decide la imposición y la permanencia de la hegemonía, en este sentido la diferencia entre Estados Unidos y Japón, como países que se disputan la supremacía en el mundo, esta definida en última instancia por lo militar.

Comentarios finales

Las salidas posibles al desarrollo económico y la democracia en América Latina, distintas a las que hoy se ubican bajo la perspectiva del neoliberalismo resultan altamente complejas. La reflexión debe llevarnos a la

necesidad de volver a la historia, una revisión crítica de la truculenta historia de América Latina y de sus particularidades nacionales; a la necesidad de una revisión crítica, al juicio de la historia y a la luz de los nuevos procesos de lo que constituyó el gran relato de América Latina, la teoría de la dependencia, que por cierto en su momento se constituyó "como concepto clave para dar cuenta de las formas de vinculación de América Latina al mercado mundial, y de las particularidades de su desarrollo"(Osorio,1995:20).

La revisión de los clásicos de la teoría de la dependencia, aunque a estas alturas parezca anacrónico, creo que aportaría valiosos elementos de carácter metodológico, nos referimos, por ejemplo, a la idea de incorporar tanto la estructura como los procesos — como lo hacen Cardoso y Falleto— para tener una visión sincrónica y diacrónica de la conformación de las distintas formaciones sociales de la región. En este mismo sentido, es sintomático que a 25 años de los planteamientos formulados por Ruy Mauro Marini todavía se esté discutiendo la pertinencia de conceptos tan polémicos como el de "Superexplotación". Hoy es posible repensar la reinserción de América Latina a partir de la extracción de plusvalía absoluta.

De acuerdo con Wallerstein "es necesario tomar más en serio que nunca la complejidad de la dinámica social". Las utopías forman parte del objeto de estudio de las ciencias sociales, lo que no puede decirse de las ciencias naturales; y las utopías desde luego tienen que basarse en tendencias existentes. Si bien ahora tenemos claro que no hay certeza sobre el futuro ni puede haberla, sin embargo las imágenes del futuro influyen en el modo en que los seres humanos actúan en el presente (1996: 85).

Finalmente, es necesario desmitificar el discurso seductor de la "globalización", que como un canto de sirenas ha confundido a intelectuales que nunca se convencieron de que el proceso de mundialización de la economía comenzó a perfilarse desde fines del siglo XIX, incluso mucho antes en la idea de Wallerstein. Hoy dos campos del conocimiento parecen tener cada vez más cercanía y pertinencia para la interpretación de la realidad: economía y política no pueden verse como dos esferas separadas, tanto en términos analíticos como de propuestas alternativas deben verse como campos interdependientes. No hay salida posible sin transformaciones económicas pero a su vez éstas dependen en mucho de las medidas adoptadas desde lo político, entendiendo que finalmente se trata de un problema de estrategia basada en alianzas de clase, que supone consenso y legitimidad. Y aquí es importante someter a la crítica el planteamiento marxista de las determina-

ciones en "última instancia", y recuperar la dialéctica como un método privilegiado que permita ver las contradicciones y las salidas posibles.

El reto es imaginar las posibilidades de un cambio en las estructuras, no sólo de "solucionar" temporal y parcialmente los problemas. Esto es importante, si de lo que se trata es de construir un proyecto inserto en espacios mayores, un punto central a este respecto es la democracia. Siguiendo a Przeworski el problema estratégico de una transición estriba en conseguir la democracia sin morir a manos de quienes detentan las armas, ni de hambre por obra de quienes controlan los recursos productivos. Y el destino final depende de la ruta seguida para alcanzarlo. En la mayoría de los países donde se ha establecido la democracia, ésta se ha mostrado frágil. Y en algunos, las transiciones han quedado embarrancadas (Przeworski, 1995: 86).

Bibliografía

- Bell, Daniel.** 1993. "Las guerras culturales en USA (1965-1990)", en *Claves de la Razón Práctica*, N°. 32, mayo de 1993, Madrid, España.
- Brading, D.A.** 1979. "El mercantilismo ibérico y el crecimiento económico en la América Latina del siglo XVIII", en: F. Florescano (Comp.), 1979. *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina, 1500-1975*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Caputo, Orlando.** 1992. "La globalización de la economía mundial: la CEE y América Latina", en: J. Etay y H. Solomayor (Comp.), 1992. *América Latina ante la unión europea de 1992*, Universidad Autónoma de Puebla, IIEc-UNAM- UAM-Xochimilco- Fundación Friedrich Ebert.
- Cardoso, F.H y Faletto, Enzo.** 1994 (26a. edición). *Dependencia y desarrollo en América Latina, Siglo XXI*, México.
- Carmagnani, Marcello.** 1979. "Elementos característicos del sistema económico latinoamericano. Siglos XVI-XVIII", en: E. Florescano (Comp.), 1979. *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina, 1500-1975*, Fondo de Cultura Económica, México.
- CEPAL.** 1994. *El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile.
- Furtado, Celso.** 1978 (13a. edición en español). *La economía latinoamericana. Formación histórica y problemas contemporáneos, Siglo XXI*, México.

- Glade, William.** 1986. "América Latina y la Economía Internacional, 1870-1914", en: Leslie Bethell, (De.), 1986. *Historia de América Latina*, tomo 7 América Latina: economía y sociedad 1870-1930, Cambridge University Press-Editorial Crítica, Barcelona, España.
- Hale, Charles.** 1986. "Ideas políticas y sociales en América Latina", en : Leslie Bethell, (De.), 1986. *Historia de América Latina*, tomo 8 América Latina: cultura y sociedad 1870-1930, Cambridge University Press-Editorial Crítica, Barcelona, España.
- Hobsbawm, Eric.** 1995. *Historia del siglo XX*, editorial Crítica, Barcelona, España.
- Huntington, Samuel.** 1993. "El conflicto entre civilizaciones", en revista de Ciencias Políticas, IV trimestre No. 33, Bogotá, Colombia, Tierra Firme Editores.
- ILPES.** 1976. *La brecha comercial y la integración latinoamericana*, Siglo XXI, México.
- Kristol, Irvin.** 1986. *Reflexiones de un neoconservador*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, Argentina.
- Laski, H.J.** 1988. *El liberalismo europeo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Lechner, Norbert.** 1994. "Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo", en: *Nueva Sociedad* No. 130, México.
- Marini, Ruy Mauro.** 1973. *Dialéctica de la dependencia*, Ediciones Era, México.
- Osorio, Jaime.** 1995. *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana editores, México.
- Palerm, Angel.** 1979. "Sobre la formación del sistema colonial: apuntes para una discusión", en: E. Florescano (Comp.), 1979. *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina, 1500-1975*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Przeworski, Adam.** 1995. *Democracia y mercado. Reformas políticas en la Europa del Este y América Latina*, Cambridge University Press, Gran Bretaña, Londres.
- Requejo, Ferran.** 1994. "El Cuadro Mágico del Liberalismo", en: *Claves de la razón práctica*, No. 46, octubre de 1994, Madrid, España.
- Smith, Adam.** 1994. *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Stuart Mill, John.** 1980. *Sobre la libertad. El utilitarismo*, Aguilar Argentina, Madrid, España.

- Sunkel, O y Paz, P.** 1978 (11a. edición). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo, Siglo XXI*, México, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- Thorp, Rosemary.** 1986. "América Latina y la economía internacional desde la primera guerra mundial hasta la depresión mundial, en: Leslie Bethell, (De.), 1986. *Historia de América Latina*, tomo 7 América Latina: economía y sociedad 1870-1930, Cambridge University Press-Editorial Crítica, Barcelona, España.
- Wallerstein, Immanuel** (coordinador). 1996. *Abrir las ciencias sociales, Siglo XXI*, México.
- Wallerstein, Immanuel.** 1989. "Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern", en: *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, Núm. 3, julio-septiembre 1989, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.